

lado de este misticismo pasivo, de ejemplo, hay otra especie de misticismo que sólo halla expresión cabal en la acción y cuyos representantes han sido las fuerzas dinámicas de toda religión nueva y las fuerzas regeneradoras de toda religión decadente. Sus nombres: Pablo de Tarso, Mahoma, Lutero, Ignacio de Loyola, Kierkegaard. Almas angustiadas, desconocen el descanso; su sino les obliga a una constante movilidad, a una incesante ampliación de frente de combate y se singularizan por su capacidad para soportar un ilimitado tormento.

Y todos los rasgos del misticismo unamuneco corresponden a esta segunda categoría. Nadie como Unamuno conoce el incesante vivir en peligro, tan caro al atormentado Nietzsche, nadie tan activo como Unamuno; hasta su inmovilidad—sobre todo su inmovilidad—es tormentosa. Su quietud es semejante a la de los fiordos de la costa escandinava: quietud de superficie, pero en cuyas profundidades tienen lugar las más peligrosas corrientes. Nadie ha experimentado tan intensamente como Unamuno la tragedia agónica o la agonía trágica de la cultura, de la civilización y sobre todo y más que todo del cristianismo europeo, de su cristianismo que también es el nuestro; agonía que no es otra cosa que una constante lucha trágica contra la muerte, por la vida o más bien por la inmortalidad de la carne, forma sensible del alma.

*Revelación del alma que es el cuerpo
La fuente del dolor y de la vida.*

Lucha de fe contra la duda y, sobre todo, contra la incredulidad. Lucha que en la vida de Unamuno ha alcanzado una exaltación más que shakespeariana: cósmica.

Unamuno aprendió el danés con el único objeto de poder leer en el idioma original las obras de Soeren Kierkegaard. En realidad con ningún otro pensador del siglo pasado muestra Unamuno más cercano parentesco espiritual que con Kierkegaard. Ambos están animados de la misma agresividad contra el medio, del mismo descontento y de la misma grandeza de alma. Odian por igual las medias tintas, los pactos, las transiciones, las componendas. El lema de Kierkegaard era: "o lo uno o lo otro". El lema de Unamuno es el mismo que esgrime Brand, aquella admirable encarnación ibseniana de la filosofía de Kierkegaard: "o todo o nada". Sin sentir compasión ni debilidades cobardes para con el prójimo.

Schopenhauer declaró, en pleno siglo XIX, que la verdad suprema estaba en la negación budista de la vida; Kierkegaard que era; en muchos aspectos, un hermano espiritual de aquél, proclama que el cristianismo vigoroso, ascético, es lo más alto que cabe concebir y en último caso lo único. Pero mientras Schopenhauer adopta una actitud contemplativa, prefiriendo una liberación intelectual y estética de la voluntad, Kierkegaard avanza paso a paso para llegar a ser, en lo posible, uno de aque-

Indagación

Queremos hacerla, con el ánimo de ayudarle al escritor cubano y amigo Félix Lizaso (Comisión de Servicio Civil. La Habana, Cuba), que está trabajando en la biografía de José Martí. Hay que recoger más datos, hay que completar o comprobar los que se tienen. Se aspira a reconstruir lo más fielmente posible la vida y la personalidad de José Martí. Dos son las preguntas:

- 1.—¿Cómo recuerda Ud. a José Martí? Circunstancias en que lo conoció. Rasgos físicos, morales, intelectuales.
- 2.—¿Cómo era el carácter de Martí? Anécdotas que recuerde.

Las personas que hayan sido amigas de Martí, que se enteren de esta indagación y que quieran responderla, diríjanse al Sr. Lizaso en la Habana o al editor del REPERTORIO AMERICANO en San José de Costa Rica.

llos a los cuales pueden aplicarse los más altos conceptos. Hace de su personalidad algo completamente distinto de lo que aquel hace; busca la vida y el dolor como único modo de dignificar la vida, cuando no se cree un predestinado a los más grandes tormentos:

"Muy atrás en mis recuerdos—nos dice—está el pensamiento de que en toda generación dos o tres son sacrificados en beneficio de los demás; dos o tres están destinados a descubrir, entre horribles sufrimientos, lo que favorece a los otros y con tristeza comencé a conocerme a mí mismo cuando ví que estaba elegido para ello". Palabras similares hemos leído en las páginas de Nietzsche. Y el P. Hyacinthe, de quien Unamuno nos habla con veneración en *La agonía del cristianismo*, oyó expresarse a M. Gazier en términos equivalentes: "El cristianismo es como el cólera, que pasa sobre un país para arrebatar a un cierto número de elegidos, después desaparece". Y Unamuno, comentando estas palabras, nos dice: "¿Y no es acaso la civilización otra enfermedad que arrebatara por la locura a sus elegidos? El cólera mata rápidamente a los hombres. Para M. Gazier, el cristianismo es una enfermedad. La civilización otra. Y puede ser que en el fondo ambas sean una sola y misma enfermedad. Y la enfermedad es la contradicción íntima".

"Unamuno—nos ha dicho Waldo Frank—es el moralista más potente de nuestros días. Las voces de Shaw y Wells suenan aflautadas frente a su rugido certero". Nadie en España, quizá en toda Europa, siente más intensa y profundamente, "hasta el cogollo del corazón", el significado trágico de la vida. Nadie siente tan en carne viva la tragedia del ser humano empeñado en comprenderse a sí mismo que es el único modo de llegar a sentirse en comunión con Dios. Nadie ha podido proclamar con más derecho que Unamuno el fondo común de todas las criaturas humanas hasta poder decir de sus semejante: "Si son hombres no puede dolerles sino lo que a mí me duele. No necesito meterme en ellos; me basta

sumergirme en mí mismo para encontrarlos. Las raíces comunes las lleva en lo profundo de sí mismo cada uno de nosotros. Por lo mismo que ellos son tan hombres como yo, soy yo, a mi vez, tan hombre como ellos: Y sé, lo sé perfectamente, que lo que a mí me duele e inquieta, les duele a ellos, tiene que dolerles e inquietarles".

Unamuno empieza a escribir en un momento trágico para España. Los últimos restos del imperio español se iban desligando de la metrópoli. El pesimismo cundía por todas partes. El ambiente no podía ser más desalentador para un escritor joven que se lanzaba a la lucha: la ramplonería, la vetustocracia, la estolidez, el conservadurismo anquilosado y apolillado lo rodeaban inmediatamente y ahogaban en él, sin permitir tan siquiera exteriorizarlos, los más nobles propósitos y las más bellas ideas. Sus primeras palabras son protestas preñadas de cólera y amargura contra todos los falsos valores que se hallan entronizados inmerecidamente y no tarda en convertirse en centro único, debido al suicidio desesperado de aquel otro gran sentidor español que se llamó Angel Ganivet, de una generación rebelde, a veces un tanto misántropa, que si bien es cierto que sus componentes carecieron de un común plan creador, todos se sentían unidos por un sentimiento anárquico común: el deseo de terminar, de un modo o de otro, con aquel desagradable estado de cosas; terminar de una vez por todas con la secular abulia española, con el funestísimo "no querer" de que nos habla Gavinet, enfermedad que tanto parecido tiene con el oblomovismo eslavo.

La simpática generación del 98 no es una generación de filántropos, todos pueden gritar con Unamuno: "Yo no soy un filántropo. Siento demasiado el hambre y la sed de Dios para amar a los hombres al modo filantrópico. Hay que sembrar entre los hombres gérmenes de duda y de desconfianza, de inquietud y hasta de desesperación. —¿Porqué no? sí, hasta de desesperación—y si de este modo pierden eso que llaman felicidad y que realmente no lo es, nada se ha perdido". Como vemos en estas palabras, Unamuno va más allá de Kierkegaard, que no se atrevió a predicar el cristianismo riguroso por temor a destruir "toda esta feliz existencia que puede darse aún allí donde no se encuentra (el cristianismo) en contacto con el espíritu" hasta el extremo de parecerle que llevaba consigo, en su saber sobre el cristianismo, un crimen.

En oposición a la idea de europeizar España defendida por Ortega y Gasset, Unamuno prefería españolizar Europa previa una africanización de España. ¿No han insistido acaso los intelectuales del otro lado de los Pirineos en decir que España es algo independiente de Europa cuando no en afirmar que el Africa empieza al sur de los Pirineos? Más que de la historia, más que de la vida urbana, cosas efímeras y transitorias, Unamuno es un enamorado de la subhistoria, o de la infrahistoria que